

Perestroika revisited

Jean Meyer

Los historiadores señalan que en tres ocasiones, a lo largo de los dos últimos siglos, ocurrió un reacomodo mayor del sistema de relaciones internacionales: en 1815, después de la derrota final de Napoleón; en 1919, cuando diversos tratados acabaron con los tres imperios, alemán, austro-húngaro y turco, y cuando el ex imperio ruso tuvo que soltar Finlandia, Polonia, Estonia, Letonia y Lituania, en 1945, después del apocalipsis desatado por el III Reich y su aliado japonés. En los tres casos, una guerra mundial acabó con un sistema mundial o casi mundial.

La desintegración de la URSS (1991-1993) cierra el siglo XX, pero en este caso la guerra no fue la partera polémica, aunque la carrera armamentista haya tenido un efecto económico y la guerra de Afganistán un costo psicológico que no se ha medido. Me dirán que no se trata de un cambio del orden mundial comparable a los que correspondieron al Congreso de Viena, al tratado de Versalles, a los tratados de 1945-1948, a la creación de la ONU. Mi prudente contestación será ¿quién sabe?

Trataré de explicar por qué si no es tan decisiva la fecha 1991-1993, como lo fue 1815 o 1919, por lo menos corresponde a la liquidación del subsistema que conformaba la mitad del orden mundial. Por tanto, nos encontramos a medio camino y lo bueno falta por venir; lo bueno o lo malo.

La situación en octubre del mismo año se parece a la de noviembre

Profesor-investigador de la División de Estudios Internacionales, CIDE.

de 1918. En 1918 los aliados se creyeron victoriosos, afirmando que esa guerra, su "Gran Guerra" era la última. Sabemos hoy que no era más que la primera Guerra Mundial. Hoy se proclama el fin de la guerra fría y no falta quien cree haberla ganado. Otra vez el mismo espejismo. Un mundo nuevo se está engendrando, pero no sabemos a qué se parecerá.

Lo que ha ocurrido desde Chernobil, la caída del muro de Berlín, la caída del imperio soviético, debería enseñarnos modestia y prudencia. No sabemos a dónde va Rusia, ni tampoco Ucrania, Rumania, Hungría, el Cáucaso, Albania... No deja de ser muy impresionante la "decena trágica" que vivió Moscú hace un año: la segunda potencia mundial y, quizá, el primer arsenal nuclear del mundo, en equilibrio, en desequilibrio, en el filo de la navaja (3 y 4 de octubre de 1993).

El historiador tiene algo que decir. Por más radical que sea una ruptura, siempre existen lo que Pierre Renouvin, creador de la historia de las relaciones internacionales, bautizó como "las fuerzas profundas"¹ que trabajan antes y después de cualquier sismo. De hecho, el derrumbe de "la fortaleza URSS", como un castillo de naipes, no es más que la terminación de un largo proceso y los cambios, mayúsculos, minúsculos o simbólicos, como el cese de la guardia de honor frente al mausoleo de Lenin, se han hecho en reacción contra el pasado soviético. "Del pasado hagamos *tabula rasa*", cantaba el himno *la Internacional*; no se pudo, no se puede. Quien olvide al sistema imperial soviético, quien no lo tome en serio, fracasará en el necesario intento de pasar a la economía de mercado. Repetirá el error del voluntarismo leninista al pretender modificar la economía a decretazos.

Quien olvide al imperio en su historia comunista y en su prehistoria zarista, fracasará en el indispensable intento de construir la democracia y con ella una verdadera federación rusa. La descomposición que se está dando en Tadzhikistán, en Azerbaizhán y en Georgia, de manera mortalmente visible, puede afectar también a Ucrania y a Rusia. Provocó la desaparición de la URSS y después la corrupción y la falta de legitimidad denunciadas por Solzhenitsyn:

Recibo miles de cartas de allá. La gente me dice que no se movieron de su lugar los mismos demagogos, que nada más cambiaron el rótulo de la puerta de su oficina. La *nomenclatura* se ha sabido fusionar con las

¹ Pierre Renouvin, *Introduction à l'histoire des relations internationales*, 4a. ed., París, Armand Colin, 1991.

nuevas estructuras del Estado. Sin embargo, otra fuerza saca provecho también de la nueva situación: los tiburones de las finanzas. Si la fusión entre estos escualos y la clase dirigente se vuelve total, entonces no serán 70 años de opresión los que tendremos que padecer, sino 170. ¿Cómo se puede calificar todo eso? No es la democracia. Se trata de una suerte de híbrido maligno sin precedente en la historia, cuyo destino final se desconoce.²

Cómo se acabó la URSS

Para entender la disolución tan rápida de la inexpugnable fortaleza soviética, nada mejor que leer a los llamados “disidentes”, esos valientes que se atrevieron a “disentir”, poniendo en peligro su vida. Una novela puede ser más útil que un tratado de ciencias políticas. De este modo, *El primer círculo* de Solzhenitsyn, escrito de 1955 a 1958, reescrito en 1968 después de su mutilación a manos de la censura, es una verdadera enciclopedia sobre la URSS. Nos da, además, la clave para entender lo que acaba de pasar; nos la dio con 25, con 35 años de anticipación. Sozhenitsyn resultó profeta y los “especialistas” hicieron el ridículo. Leamos al profeta:

En el campo, dos presos hablan:

— Bastaría con tres, con cinco mil hombres decididos, emprendedores, algunos representantes de la élite de los técnicos, para establecer el contacto con el alto mando militar...

— ¡O sea con bestias engalonadas!

— ... para asegurarse su neutralidad benevolente. Se trata de hacer desaparecer a Stalin, Molotov, Beria y unos pocos más. Y proclamar en seguida por radio que toda la capa alta, media e inferior del partido queda en su lugar.

— ¿En su lugar?

— ¡Por el momento! Es lo propio de los países totalitarios: es difícil dar un golpe de Estado, pero una vez dado, nada más fácil. Maquiavelo decía que una vez corrido el sultán, se podría alabar el nombre de Cristo en todas las mezquitas.

No hubo necesidad de dar el golpe de Estado. La plaza fuerte cayó sola cuando sus últimos defensores intentaron un *putsch* el 19 de agosto de 1991. El verdadero golpe de Estado lo había dado el séptimo y último

² Entrevista. *Casa del Tiempo*, septiembre de 1993.

secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética. La *perestroika*, revolución desde arriba, acabó con un sistema totalitario apollado que Estados Unidos y Europa consideraban como eterno. El intento de reforma interna que el comunista Gorbachev emprendió en 1985 dio la libertad de expresión (*glasnost*) a los 5 000 valerosos intelectuales, científicos y artistas que despertaron a la sociedad civil y lograron así una verdadera y pacífica revolución política, que culminó con el desmantelamiento de la URSS.

Vuelvo a la novela *El primer círculo*. Nerzhin le contesta a Guerassimov:

No sé, no sé. Mientras no tenía la bomba atómica, el sistema soviético, pesado y gangrenado, comido por los parásitos, estaba condenado a morir con el sencillo pasar del tiempo. Pero con la bomba... Bueno, quizá el nuevo siglo, con su información pasa-muralla... Quizá encontrará un nuevo procedimiento: *la palabra rompe a menudo el concreto*.

Así fue.

Sin Gorbachev no hubiera sido posible. Pero sin los hombres para aprovecharlo y llevarlo por caminos que él nunca había anticipado, tampoco. Así se dio el fenómeno clásico de la bola de nieve, así despertó la sociedad después de 70 años de represión, terror y congelamiento. El movimiento iniciado por los disidentes perseguidos, asesinados, encarcelados, exiliados, ganó pequeños círculos de artistas y ecologistas (los "informales"), después los medios científicos y universitarios (los institutos) y despertó a las 100 naciones del imperio, empezando por la periferia: la Báltica y el Cáucaso. Se acabó la indiferencia del pueblo. Uno de los dos personajes de la novela citada, situada en 1949, dice:

La indiferencia, última reacción de defensa de un organismo, se ha vuelto nuestro rasgo determinante. Por eso la popularidad del vodka, inaudita, hasta para los rusos. Es el grado más atroz de la indiferencia. [Prosigue:] Urge. Para destruir a ese pueblo bastaron 30 años. ¿Podrá curarse en 300 años?

Esa pregunta es precisamente la que se hacen hoy los rusos, los georgianos, los ucranianos... La victoria fue impresionante, tanto más si la comparamos con la victoria bolchevique (1917-1921): no costó, como aquélla, guerra civil, millones de muertos, hambruna, etc... Sin embargo, la crisis económica, política, nacional e internacional está a la orden del día sin que se haya consolidado la democracia ni resuelto

el problema de la convivencia entre las 15 repúblicas y, dentro de casi todas, el problema de la convivencia entre las naciones.

La perestroika en tres tiempos³

Después de una fase revolucionaria (1917-1928), dividida entre comunismo de guerra y la Nueva Política Económica (NEP), vino la construcción del Estado soviético (1929-1953) sobre la base del comunismo de guerra, luego el momento imperial (1953-1991). En esa última etapa, la URSS conoció la alternancia: NEP (Jrushchev, Gorbachev) y comunismo de guerra "blando" (Brezhnev). En cada uno de los cambios bruscos de orientación, la decisión se tomó desde arriba, de manera consciente, sin que el responsable haya podido saber de las consecuencias ulteriores.

El choque que provocó la caída final de la URSS no escapó a la regla. Así como el nombre de Lenin está ligado al comunismo de guerra o a la NEP, así como el fin de la NEP y la colectivización son sellados por Stalin, la *perestroika* es Gorbachev. A él le tocó la tarea cíclica, roca de Sísifo, de remediar los defectos estructurales del sistema y decidió enfrentarlo. Sin embargo, él no fue el *Deus ex machina*, el demiurgo que inventa y realiza todo. Como tampoco lo fueron Stalin y Lenin. Gorbachev surge y trabaja en la lógica del sistema soviético, pero a él le tocó la diástole final que terminó con la muerte. En seis años, el tiempo que necesitó Lenin para triunfar y consolidarse (1917-1923), Gorbachev vio al PCUS y a la URSS disolverse entre sus manos.

En 1985 empezó en la URSS un proceso llamado *perestroika*, según una palabra que se hizo universalmente famosa y que significa, en la vida cotidiana, "reestructuración" de una casa o "remodelación" de un departamento. La *perestroika* pasó por dos fases y entró, a mediados de 1990, en una tercera y peligrosa etapa. De 1985 a 1987 ocurrió el deshielo y triunfó, poco a poco, y luego de manera acelerada, la *glasnost* (transparencia, información clara y pública). Sin la *glasnost*, no se puede entender todo lo que siguió. La *glasnost* engendró una libertad de prensa, si no completa, por lo menos asombrosa, la cual a su vez condujo a la revisión radical de la historiografía soviética,⁴ de la cual

³ La bibliografía es inmensa. No se citarán más que los trabajos efectivamente utilizados por su calidad informativa y hermenéutica.

⁴ Jean Meyer, "Perestroika y revisión de la historia", *Historia y gráfica*, 3, 1994.

sólo daremos dos botones de muestra: el reconocimiento del pacto germano-soviético de 1939 y el reconocimiento, en 1990, de la matanza de Katyn (liquidación de varios miles de oficiales polacos en mayo de 1940) como crimen estalinista.

En esa primera fase, la mayoría de los presos políticos ("presos de conciencia") recobraron su libertad. Simbólicamente la muerte trágica de Anatoli Marchenko, en diciembre de 1986, marca el parteaguas: unos pocos días después, Gorbachev pone fin al exilio de Sakharov en Gorki.

La tercera aportación de la primera fase es la liberación de la política migratoria de la URSS. Emigrar o viajar se hace mucho más fácil.

Esa fase dinámica culminó con la firma, en diciembre de 1987, de un tratado EU/URSS para eliminar misiles de corto y medio alcance, y con la decisión anunciada en febrero de 1988 de poner fin a la intervención soviética en Afganistán. Esa nueva política tuvo aspectos económicos fundamentales, pero las reformas adoptadas desestabilizaron el sistema existente sin mejorar una situación de por sí crítica.

En la segunda etapa (1988-1990), Gorbachev adelantó su diplomacia de los "pasos positivos" hacia el desarme, política que le ganó una inmensa popularidad en Europa y Estados Unidos. La nueva línea diplomática de la URSS, bautizada por Guenadi Guerasimov, "doctrina Sinatra" ("You do it your way"), se tradujo en el abandono de la doctrina Brezhnev, doctrina intervencionista ejemplificada por la invasión a Checoslovaquia en 1968. Permitió la caída del muro de Berlín y el triunfo de Vaclav Havel en 1989, en Praga.

Los cambios políticos culminaron en 1990 con la instauración de un régimen presidencial en beneficio de Gorbachev. La verdadera reforma constitucional reclamada por Sakharov no se hizo nunca. La Constitución de Stalin, retocada por Brezhnev, siguió funcionando y no se elaboró un nuevo "pacto federal" ni tampoco un verdadero "Bill of Rights".

Esa falta se hizo sentir cruelmente a partir de 1988, cuando la sangre empezó a correr en el Cáucaso. Por desgracia, el enfrentamiento entre azeríes y armenios no fue sino el primero de una larga serie de conflictos étnicos y nacionales. La decisión de los tres países bálticos de recobrar, en 1990, la independencia perdida en 1940, en virtud de los tratados germano-soviéticos, desembocó en un diálogo de sordos y represión. La violencia se debía, en gran parte, al manejo de tales conflictos por el gobierno. En lugar de idear una reforma constitucional, optó por la manipulación de las tensiones, alternada con la repre-

sión y, a veces, con una extraña y larga indulgencia hacia los provocadores y los matones.

Los errores cometidos en el manejo de la cuestión del Alto Karabaj,⁵ manzana de la discordia entre las repúblicas de Armenia y Azerbaizhán, son ejemplares. Ejemplares y trágicas también, las matanzas de Tiflis (Georgia), en abril de 1989, o las de Riga y Vilnius a principios de 1991.

Al mismo tiempo, el ejército soviético intervino en Azerbaizhán, después de haber intervenido en Georgia y Armenia (en Armenia en el momento del terrible terremoto de diciembre de 1988).

Es cuando empieza la tercera etapa, a fines de 1990, ya no de la *perestroika* sino del gobierno de Gorbachev, que coincide con el inicio de su presidencia y, simbólicamente, con la muerte de Andrei Sajarov. Ese "tercer" Gorbachev es más amenazado y más amenazador que los dos anteriores. Después del joven y prometedor burócrata, vino el fabuloso *Gorby*, el hombre de los milagros en Afganistán, en Europa Central, en el desarme nuclear; ahora asomaba la mano dura que golpeaba tanto en Eriván, Tiflis y Bakú, como en Vilnius y Riga, asomaba el señor Presidente que acumulaba los poderes, pero también un hombre que dejaba de resolver los problemas, mientras aumentaban los nubarrones y se hundía la economía.

¿Salir o no salir de la economía soviética?

Andropov y su equipo habían diagnosticado la gravedad de la crisis económica de la URSS. Para uso interno, la KGB elaboró estadísticas en las que probaba que, desde 1960, el crecimiento estaba disminuyendo de manera constante, y que pronto apuntaría hacia cero. De una tasa de 9.3% anual en la década de los años cincuenta, de 4.2% en los sesenta, de 2.1% en los setenta, bajaba a 0.6% para 1981-1985. No existen cifras fiables después pero, oficialmente, desde 1989 la URSS se encontraba en recesión: el decrecimiento en 1990 fue de 4 por ciento.

Antes de la *perestroika*, el último intento serio de "reestructuración", había sido el promovido por Nikita Jrushchev, a fines de los años cincuenta. Acompañado por el relativo "deshielo del maíz" politicocultural, por la liberación de millones de presos y por la "coexistencia

⁵ Peter Rutland, "Democracy and Nationalism in Armenia, 1988-1991", *Europe-Asia Studies*, vol. 46, núm. 5, 1994, pp. 839-862.

pacífica”, se había topado, rápidamente, con obstáculos infranqueables: dentro de la doctrina económica soviética imperante, era imposible pasar del crecimiento extensivo al crecimiento intensivo. El peso del Complejo Militar Industrial (CMI) y el fetichismo de la planificación hicieron abortar todos los intentos de reforma.

Isabel Turrent⁶ ha señalado el papel decisivo del análisis andropoviano del crecimiento cero en el acceso al poder de Gorbachev y en el lanzamiento de la *perestroika*, como último intento de “revolución desde arriba”. Los dirigentes soviéticos buscaron nuevas vías para recuperar el crecimiento perdido, pero, como no se atrevieron a abandonar su marco teórico, no pasaron de las reformas microeconómicas sectoriales. Así, la ley de junio de 1987 otorgó a las empresas (que seguían siendo estatales) la autonomía de gestión y la responsabilidad financiera, con acceso al comercio exterior. Como no modificaba el modo de formación de los precios ni el sistema de pedidos por conducto del Estado ni tampoco el estatuto de las empresas, la reforma afectó la estabilidad del sistema anterior, pero no lo mejoró.

Continuó la inversión exagerada en ciertos sectores, el despilfarro de energía y materias primas, la primacía del CMI y la destrucción acelerada del ambiente. Aparecieron nuevos problemas, como los desequilibrios monetarios. En 1989 los economistas soviéticos entendieron claramente que la crisis económica no podría resolverse sin cambiar las bases del sistema, sin llegar al mercado y a la propiedad privada. Se trataba de una verdadera revolución que necesitaba decisiones políticas. Varios proyectos fueron presentados, en 1989 por Abalkin, en 1990 por Bocharov, Shatalin, Shemeliev. Todos se toparon con la resistencia muy normal del demasiado prudente gobierno de Nikolai Rizhkov y con las indefiniciones de Gorbachev.

Así, en la primavera de 1990, Rizhkov se decidió por fin por la liberación de precios para empezar la transición hacia la economía de mercado, pero desvirtuó en seguida la reforma. Afirmó que “tanto el país como la conciencia social no estaban listos para un pasaje rápido a la economía de mercado”; por tanto, invitó al gobierno central, a las repúblicas, a los soviets locales y a las empresas a dar prestaciones para compensar el alza de los precios. La falta de legitimidad política del gobierno le prohibió la “terapia de choque” aplicada en Polonia por el gobierno de Lech Walesa y de Solidaridad.

⁶ *El deshielo del Este*, México, Vuelta, 1991.

Mientras tanto, la república rusa de Yeltsin adoptaba (septiembre de 1990) un "programa de 500 días" de transición hacia el mercado. Ese plan firmado por Shatalin rompió, por primera vez, con las ilusiones de que era posible remendar el sistema soviético. El plan empezaba con una evaluación devastadora de la economía y de la sociedad soviética, luego con una definición revolucionaria de los derechos del ciudadano, de la empresa, de las repúblicas. Propiedad privada y mercado libre deberían llevar a la privatización y a la desmonopolización. No entramos en detalle sobre este plan radical (¡500 días!) porque no fue aplicado en la Unión, después de la adopción por el Parlamento soviético del último proyecto de reforma de Gorbachev (y Aganbeguián, economista, consejero de Kosiguin en la década de los años sesenta). La alianza provisional entre Gorbachev y Yeltsin se acabó en ese momento. En diciembre de 1990-enero de 1991, el régimen se orientó claramente hacia la derecha (renuncia de Shevardnadze, intervención militar en los países bálticos, etc.) y sus reformas sectoriales (cambio de billetes, reforma de precios) le dieron la razón a Shatalin: "La sociedad soviética ha acumulado una gran experiencia negativa de reformas económicas, reformas en las cuales la gente no ve, hasta la fecha, más que un empeoramiento de sus condiciones de vida" (agosto de 1990).

Durante 1990-1991, la recesión se agravó drásticamente en la URSS (-21%), mucho más que en Europa central (16%), pero sin haber empezado reforma coherente alguna. El símbolo del fracaso económico de la *perestroika* se encontró en las dificultades alimentarias y en los pedidos de auxilio urgente lanzados hacia Occidente, en los inviernos de 1989, 1990 y 1991, a pesar de que la cosecha de 1990 había resultado excelente. El año de 1991 terminó en la recesión económica y en la bancarrota del erario, tanto de la URSS como de las repúblicas.

En diciembre de 1991, la URSS se acabó. Dejaba a las nuevas repúblicas y a la Comunidad de Estados Independientes una herencia nada envidiable después de siete años de crisis económica en espiral, final de una crisis permanente de 70 años.⁷

⁷ Hemerografía soviética en poder del autor.

El final del imperio

Es imposible reformar la práctica comunista que actualmente existe en la Unión Soviética y en la Europa del Este. Este sistema debe ser liquidado.

Imre Pozsgay, miembro del politburó del PC húngaro, 1988.

No hay fuerza capaz de detener la caída del imperio. La pregunta es ¿vendrá el cambio pacífica, gradual y políticamente, o acabará en sangre?

Bogdan Horyn, líder nacionalista ucraniano, 31 de diciembre de 1990.

En 1985 los observadores no preveían gran cosa. Analizaban el callejón sin salida en el cual se encontraba metido el gigante soviético y sus satélites de Europa Oriental. Las sociedades no lograban su libertad y el poder no lograba acabar con los “disidentes”. La expedición militar de Afganistán resumía en sí todos los aspectos del *impasse*. Bien podía Hélène Carrère d’Encausse anunciar *l’empire éclaté*⁸ (el imperio reventado), su profecía por razonable y razonada que fuese, no tenía fecha. Habíamos olvidado la interrogación de Andrei Amalrik, “¿Existirá la URSS en 1984?”

Siete años después de 1984, la tesis según la cual el totalitarismo comunista era indestructible y sus fracasos no tenían consecuencias demostró su falsedad. Después del agotamiento del fanatismo ideológico, de la esperanza milenarista, la renuncia al terror masivo sí tardó en tener efectos visibles, pero tuvo consecuencias decisivas, de largo plazo. El comunismo soviético no era indestructible ni tampoco reformable, ya que su dureza, su incapacidad para adaptarse, lo debilitaban. La “fuga hacia adelante” —eso fue la *perestroika* de Gorbachev— condujo rápidamente a la quiebra en 1989 en Europa Central, dos años después en lo que fue la Unión Soviética.

Los últimos acontecimientos nos sorprendieron, no por su natu-

⁸ *L’empire éclaté*, París, Flammarion, 1978.

raleza, sino por su amplitud y su rapidez acelerada por el fallido golpe palaciego de agosto de 1991. Como dice Pierre Chaunu:

El Este nos enseña varias lecciones. La solidez del *homo religiosus*, la fragilidad de los sistemas *a priori* simplistas, como el comunismo de aparato. El Este comprobó dos efectos aparentemente inesperados: la firmeza de los modos de transmisión de los valores —transmisión oral, gestual, familiar, afectiva—, la victoria de las *babas* (las abuelas) sobre los comisarios políticos. No se acaba fácilmente la religión. El sistema soviético que se creía protegido por su baluarte occidental, pero que en realidad estaba debilitado por él, se derrumbó bajo el fuego cruzado de las abuelas de la transmisión subterránea informal y de la transmisión electrónica por satélites y transistores. Y también porque el fracaso económico en tales condiciones no se puede disimular más, ni mantenerse el mito de la voluntad agresiva de un mundo capitalista generador de pobreza.⁹

¿Marcha adelante o salto atrás?

¿Con la desintegración del imperio se iba hacia el régimen de la democracia o hacia el triunfo de los odios tribales que los comunistas habían congelado? A esa pregunta, Leszek Kolakowski contestó en enero de 1990:

Se dice a menudo que el nacionalismo ha reemplazado a la difunta ideología comunista. La expresión está mal escogida. En efecto, la ideología comunista había muerto desde hacía tiempo, y el nacionalismo estaba bien presente. Sencillamente, no tenía medio de expresarse. El debilitamiento de los medios de represión y los cambios en los medios informativos han permitido a esta fuerza nacionalista salir del dominio subterráneo en el que había vivido sin debilitarse. Hoy, esos nacionalismos están en marcha, y es imposible saber cuál será el nuevo equilibrio tras el desplome del imperio comunista. En Afganistán, la barbarie comunista puede ser reemplazada por una teocracia bárbara. ¿Qué es mejor? Probablemente, la teocracia bárbara tenga la ventaja de no romper la continuidad cultural del país.¹⁰

⁹ Pierre Chaunu, *Colère contre colère*, París, 1991, p. 217.

¹⁰ *Le Nouvel Observateur*, 1 de febrero de 1990 (mesa redonda en La Sorbona).

En Rusia, frente al gorbachevismo modernizante, el nacionalismo ruso no dejaba de crecer, como iban en aumento las fuerzas nacionalistas periféricas de la URSS. Ese nacionalismo, sin llegar a adoptar una forma violenta, tomó sobre todo una tonada antioccidental.

Según Kolakowski, la *perestroika* fue la cuarta tentativa de modernización de Rusia. La primera fue la de Pedro el Grande; la segunda, la de Alejandro II, y la tercera, la de Lenin y Stalin. La tentativa de modernización por el comunismo fue bárbara y, por lo demás, Lenin lo reconocía expresamente: "Hemos de modernizar, de civilizar, y ser tan bárbaros como lo fue Pedro el Grande".

La modernización emprendida por Alejandro II era una modernización occidentalizante: un movimiento lento que se aceleró con Nicolás II y que, probablemente, si no hubiese habido revolución, habría desembocado en una especie de monarquía constitucional.

En cambio el comunismo, en cierto sentido, volvió a introducir la esclavitud y la servidumbre y procedió a una modernización de tipo bárbaro. Hoy, ese proceso se encuentra en un callejón sin salida y los dirigentes se esfuerzan por salvar al comunismo o al menos a las instituciones esenciales del comunismo, por conservar la categoría mundial de la Unión Soviética, mientras intentaban modernizar el país. Es la cuadratura del círculo. El imperio se desploma, pero no se sabe aún exactamente lo que de él saldrá.¹¹

Para Hélène Carrère d'Encausse

el comunismo fue, en 1917, la respuesta de Lenin a un viejo debate: ¿dónde está Rusia? ¿En Europa, o fuera de Europa? Incapaz de escoger, Lenin cortó por lo sano de manera singular: Rusia era el porvenir de Europa, por sí sola. La desaparición del comunismo reinicia este debate y pone a Rusia frente a sí misma. Como lo dijo un filósofo georgiano, Mirab Mamardachvili, de nuevo estamos en tiempos de "la cuestión rusa". La cuestión rusa también es la cuestión del imperio. El comunismo ha sido el manto de Noé de un imperio de los zares reconstruido y mantenido con la esperanza de que un día se borrarán las diferencias nacionales. La desaparición del comunismo saca a la luz el problema de la relación entre esos pueblos y de la elección que debe operarse entre una Rusia que se encontraría en sus límites o un imperio que habría que mantener a toda costa. Mantener el imperio es apartarse de Europa

¹¹ *Idem.*

y frenar la democracia: el repliegue sobre Rusia, por el contrario, favorecería la democracia.¹²

Gorbachev y el leninismo

Gorbachev empezó de manera muy leninista, aplicando la lección aprendida por el maestro en Puerto Arturo y aplicada en Brest Litovsk: la retirada estratégica para reagrupar sus fuerzas antes de dar el golpe final. Manifestó un gran valor en los asuntos internacionales y una gran prudencia en los asuntos internos. Necesitaba liberarse de la competición militar internacional para enfrentar el verdadero problema: la economía interna, para poder mantener el estatuto de superpotencia. Por eso, para mayor asombro de los occidentales, puso fin de manera unilateral a la guerra fría, liquidó las aventuras tercermundistas (Afganistán, África, Nicaragua, Cuba) y se retiró de la competición nuclear. Así, *Gorby* se volvió el héroe del mundo occidental, el cual no dudó en proclamarlo "el hombre de la década".

Luego vino 1989, *annus mirabilis*, año del levantamiento (pacífico) de las naciones cautivas en la periferia occidental del imperio. En mayo, los países bálticos proclamaron su independencia, en junio, las elecciones en Polonia anunciaron el principio del fin. La cadena reventó en el eslabón más débil: las "democracias populares". Como lo escribió jocosamente Timothy Garton Ash, para recobrar su independencia Polonia necesitó 10 años, Hungría 10 meses, Alemania Oriental 10 semanas y Checoslovaquia 10 días. El 9 de noviembre cayó el muro de Berlín, símbolo arquitectónico de la utopía babeliana. En este ambiente se reunió en julio, por primera vez, el Congreso de los Diputados del Pueblo, electo en marzo en las primeras verdaderas elecciones desde 1918. Así, con el verano empezaba la gira radical afuera y adentro, anunciando el paso de la reestructuración del comunismo a su desintegración. Para esa fecha, Boris Yeltsin ya era figura y llevaba su pleito con un Gorbachev que había perdido tanto la iniciativa como el control de los acontecimientos.

Su último año en el poder, desde agosto de 1990, no es más que un largo epílogo. Incapaz de abandonar los postulados políticos y económicos soviéticos, siguió siendo un comunista reformista sincero hasta el final. Después de renunciar al plan económico de los demócratas,

¹² *Idem.*

se apoyó sobre el viejo aparato. Ese endurecimiento, a su vez, radicalizó los movimientos nacionales y los demócratas. La elección triunfal de Yeltsin a la presidencia de Rusia no hizo más que acelerar el proceso que culminó con el intento golpista de agosto de 1991. El *putsch* había sido anunciado 10 veces y su fracaso también. En febrero de 1991, en el programa *60 minutes* (CBS, Mike Wallace) el ex general de la KGB, Oleg Kalugin, había profetizado: "La ruina del imperio es inevitable. Estoy seguro de que va a caer y pronto. Gorbachev es un reformador... pero va a dejar el sistema intacto. Quiere mejorar su imagen, quitar algunos de sus aspectos que dan miedo. Pienso que es un producto del partido comunista que seguirá leal hasta el fin".¹³

Por eso el *putsch* de agosto fue, *mutatis mutandis*, semejante al de Kornilov (agosto de 1917): se deshizo solo, se perdió como agua en las arenas del desierto. Así como el fracaso de Kornilov reveló que la derecha no existía más y permitió a los bolcheviques lanzarse a la conquista del poder, el golpe de agosto de 1991 reveló que la derecha (en este caso el PCUS) había dejado de existir y permitió que Yeltsin llegara al poder. Una vez muerto el partido, no quedaba nada para mantener la Unión Soviética. Yeltsin entendió que, después de haberse montado en el caballo nacional ruso, era inútil resistir a la secesión generalizada. Tomó la delantera y liquidó las viejas estructuras de la URSS, dejando así el camino abierto para una eventual federación o confederación, reconstruida de manera consensual y no de manera militar.

El derrumbe interno de la Torre de Babel les dio la razón a los estalinistas-leninistas, cuyo mensaje nunca dejó de ser: "no trates de realizar un comunismo más ameno, humano y liberal, porque terminarás destruyéndolo".¹⁴ Sin embargo, Gorbachev fue "el hombre de la situación", hasta 1989, como lo reconoce su archienemigo y vencedor, Boris Yeltsin: "Lo que ha hecho pasará a la historia. No me gustan las palabras sonoras, pero todo lo que ha empezado Gorbachev merece la alabanza. Pudo haber seguido el mismo camino que Brezhnev y Chernenko. Creo que los recursos naturales del país y la paciencia de su gente hubieran alcanzado para que él hubiera gozado de una larga vida feliz como líder de un Estado totalitario".¹⁵

¹³ Citado por John Kimball, "USSR and Eastern Europe", *Headline Series*, núm. 295, invierno-primavera, 1991, p. 9.

¹⁴ Leszek Kolakowsky, "El incesante comienzo de la historia", *Polityka*, núm. 45, 7 de noviembre de 1992.

¹⁵ Boris Yeltsin, *Jusqu'au bout!*, París, Calmann, 1990, p. 133, edición en inglés.

Sin Gorbachev, Yeltsin no hubiera existido. Gorbachev le abrió el paso. Como decía el general Kalugin: "Cinco años de *perestroika* han cambiado el ambiente, la política, la conciencia de la gente".¹⁶ Los dos hombres, juntos y enemistados, hicieron lo que nadie había soñado, destruyeron la Torre de Babel que pretendía cubrir toda la Tierra y llegar hasta el cielo. Lo hicieron sin efusión de sangre y tan rápido que el evento ni siquiera fue anunciado. Basta recordar a los jefes de Estado occidentales prediciendo la perennidad de la división de Alemania unos días antes de la caída del Muro o el parlamento europeo maltratando a Yeltsin en vísperas de su triunfo.

Los profetas del fin

La desintegración nos agarró por sorpresa, tanto por su velocidad como por su modo: interno y (casi) sin violencia. Unos, por tener una visión socialdemócrata del "comunismo real" pensaban que podía reformarse; otros, por defender contra una mayoría "revisionista" la tesis de la naturaleza totalitaria de dicho comunismo habían terminado por creer que era invencible.

Por tanto, nadie hizo caso a los profetas. Sin embargo, Alexander Solzhenitsyn había anunciado la ruina final en su *Primer círculo*, sin poner fecha.

En 1969, Z. Brzezinski editó *Dilemmas of Change in Soviet Politics* (Nueva York, Columbia University Press). Él, Robert Conquest, Merle Fainsod, Eugene Lyons, Giorgio Galli e Isaac Don Levine consideraban "el derrumbe como una seria posibilidad, aunque no inmediata". Cuatro de los seis no eran académicos. Seis de los ocho que apostaban a favor del mantenimiento del sistema eran académicos. En el mismo momento, Andrei Amalrik publicó su panfleto devastador, *¿Sobrevivirá la Unión Soviética hasta 1984?*, en el cual anunciaba que la liberalización vendría como consecuencia de la decrepitud y no de la regeneración, que "su resultado lógico será la muerte y después la anarquía".¹⁷

En 1972, I. F. Stone se preguntaba "Can Russia Change?" (*New York Review of Books*, febrero 17 y 24) y contestaba que el sistema no se podía reformar. En 1976, un joven historiador francés, Emmanuel Todd, pronosticaba claramente el desastre: *The Final Fall: Essay on*

¹⁶ Mike Wallace, *60 Minutes*, CBS, febrero de 1991.

¹⁷ Edición estadounidense, Nueva York, Harper, 1970, p. 35.

the Composition of the Soviet Sphere (Nueva York, Karz, 1979). En 1977, Bernard Levin predijo en el *Times* (septiembre) que el derrumbe ocurriría el 14 de julio de 1989, sin combates callejeros ni barricadas ni huelga general. Jean Baptiste Duroselle, en el marco de su teoría general de las relaciones internacionales, *Tout empire périra*, anunció en 1981 el fin de la URSS.¹⁸

Ronald Reagan señaló la ruina próxima en cuatro discursos mayores en 1982, 1983, 1987 y 1988. A la izquierda, Daniel Patrick Moynihan había dicho en 1979 que el sistema soviético bien podía reventar.¹⁹ En el Senado afirmó, en octubre de 1984, "Ganamos la guerra fría... La Unión Soviética se derrumbó. (Como sociedad no funciona. Nadie cree más en ella.)" Gorbachev aún no llegaba.

En 1984, Richard Pipes anunciaba la *perestroika* pero no creía en la posibilidad de una reforma exitosa.²⁰ Brzezinski, convencido de la imposibilidad de reformar el sistema,²¹ publicó *The Birth and Death of Communism in XXth Century* (Nueva York, Scribner, 1989).

En 1989, Martin Malia diagnosticaba el fracaso de la *perestroika* y la ruina consecuente del sistema en su ensayo *To the Stalin Mausoleum*, firmado "Z".²² El epígrafe de Alexis de Tocqueville no pudo ser más claro: "El momento más peligroso para los malos gobiernos es el del principio de la reforma".

Lo interesante es que la mayoría de los que atinaron no eran académicos, mientras que los soviólogos profesionales se equivocaron rotundamente hasta el final, abrazando con entusiasmo la causa de Gorbachev. Los universitarios que apostaron bien eran *deviant cases*, marginados por el gremio.

El lector encontrará un estudio detallado del fracaso de los soviólogos profesionales, más precisamente de los universitarios, en el artículo de Seymour Lipset y Gyorgy Bence, *Anticipations of the Failure of Communism*.²³

¹⁸ Paris, Armand Colin, 1981, reed. 1992.

¹⁹ "Will Russia Blow Up?", *Newsweek*, 19 de noviembre de 1979. Ronald Reagan, *Public Papers of the Presidents of the United States*, Washington, 1982-1990.

²⁰ *Survival is not Enough*, Nueva York, Simon and Schuster, 1984.

²¹ *Dilemmas of Change in Soviet Politics*, Columbia University, 1969.

²² *Daedalus*, 1990.

²³ *Theory and Society*, núm. 23, 1994, pp. 169-210.

Reflexiones históricas²⁴

En 1883, el conde Dimitri Tolstoi, uno de los hombres más inteligentes de su época, aunque fuese reaccionario, o quizá precisamente porque era reaccionario, le dijo al diplomático alemán Bülow:

Todos los intentos para instaurar las formas parlamentarias de la Europa occidental en Rusia acabarán en el fracaso. Si algún día debiera caer el régimen zarista, en su lugar surgiría el comunismo, el comunismo llano y sencillo de *monsieur* Marx, su compatriota que acaba de morir en Londres hace poco y a quien he leído con atención e interés.

La profecía del conde se cumplió al pie de la letra. El último zar hizo todo lo necesario para que fracasara el intento de transición hacia la monarquía constitucional. Cuando transformó a su pueblo campesino en ejército, a la hora de la guerra mundial, levantó un puente de plata para el advenimiento del comunismo. Tres generaciones después el proyecto comunista se fue con el viento. ¿Por qué?, ¿por qué esa implosión, asombrosamente no sangrienta?

Después del fracaso del breve intento reformista de Jrushchev la economía soviética se la pasó acumulando problemas y carencias, disimulados por estadísticas falsas e importaciones masivas de alimentos y bienes de equipo, pagados por exportaciones de materias primas, gas y petróleo, como en un país subdesarrollado cualquiera. Los éxitos en los campos muy especializados de la conquista espacial y de los armamentos, y la importancia cuantitativa de la producción global permitían que la URSS apareciera como el segundo poder económico del mundo.

Encerrada en su esclerosis económica y cultural, la del capitalismo de Estado ultracentralizado que el leninismo-estalinismo presentó como la realización de la utopía socialista del siglo XIX, la Unión Soviética de Brezhnev quedó atrapada en su inmovilismo sociopolítico, buscando la salida en las aventuras político-militares, cuya serie había sido inaugurada por Jrushchev en Cuba. Sus aparentes victorias en Etiopía, Mozambique y Angola, su papel en la guerra civil centroame-

²⁴ Robert Conquest, "Academe and the Soviet Myth", *The National Interest*, primavera de 1993, pp. 91-98; Martin Malia, *The Soviet Tragedy: A History of Socialism in Russia 1917-1991*, The Free Press, 1994; Michael Mandelbaum, "The Fall of the House of Lenin", *World Policy Journal*, vol. X, núm. 3, otoño de 1993.

ricana y la invasión de Afganistán fueron los resultados de esa huida hacia adelante. Por lo mismo, la URSS aparentaba ser una superpotencia mundial cuando no era más que una superpotencia militar.

La hora de la verdad llegó con la muerte de Leonid Brezhnev, a fines de 1982. Yuri Andropov duró menos de 14 meses. Siguió el anciano Konstantin Chernenko, quien agonizó 13 meses. Se perdieron dos años. En marzo de 1985 Mijail Gorbachev llegó al poder y su juventud, después de tanta enferma senectud, parecía un símbolo de cambio.

Al historiador se le ocurre comparar 1985 a 1855, y Gorbachev a Alejandro II.²⁵ Gorbachev es un hombre del aparato, representativo de la tercera generación de dirigentes comunistas, tecnócratas mejor formados que sus predecesores, pero siempre dóciles a las reglas de la oligarquía soviética. Su nombramiento manifiesta la clara conciencia que tiene la cúpula, especialmente la KGB mejor informada, sobre la crisis que amenaza al sistema y la necesidad de una profunda reforma. Por eso, me atrevo a decir que se encontraba en la situación que fue la del joven zar en 1855: tanto Mijail como Alejandro heredan y son el producto de un sistema paralizado, del cual buscan obtener su legitimidad. Ambos critican la ineficiencia del sistema, pero no ponen en duda sus principios. Al contrario, quieren reformar la práctica para salvar los fundamentos ideológicos: la autocracia en 1855, el comunismo en 1985.

Ahí termina la comparación. La empresa de Alejandro II, el zar libertador, no fue un fracaso; retomada entre 1905 y 1910, de no haberse perdido en la guerra mundial, hubiera permitido una evolución positiva hacia la monarquía constitucional.²⁶ Las medidas implementadas por Gorbachev después de 1987 provocaron en cuatro años la dislocación externa del imperio y el derrumbe interno del comunismo.

Sobre las causas profundas del fracaso de la *perestroika* (palabra del siglo XIX, por cierto) todo está dicho. A diferencia de la autocracia decimonónica, el comunismo no se podía reformar. El sistema había alcanzado un punto de esclerosis tal que cualquier intento de reestructuración tenía que provocar el derrumbe. Con razón se habló de implosión: ruina interna y no destrucción resultado de una agresión ex-

²⁵ André Ropert, *La misère et la gloire*, Paris, A. Colin, 1992. Valerie Bunce, "Domestic Reform and International Change: The Gorbachev Reforms in Perspective", *International Organization*, vol. 47, núm. 1, pp. 107-138, invierno de 1993.

²⁶ Ben Eklof (ed.), *Russia's Great Reforms*, Bloomington, 1994.

terna. Además, el fracaso económico no tenía remedio. En ese punto esencial tampoco vale comparar con el reinado de Alejandro II, preludio al vigoroso despegue económico de los últimos 25 años del zarismo.

Gorbachev no podía emprender reformas económicas profundas porque eso hubiera significado condenar al comunismo. Pretendía "reestructurarlo", no acabar con él. Por eso no pudo aceptar el plan económico de los 500 días elaborado por Shatalin, por eso se encontró en la situación del aprendiz de brujo incapaz de controlar el diluvio que él mismo desató al abrir las compuertas. Los golpistas de agosto de 1991 tenían la lógica de su lado cuando denunciaban lo que consideraban como la incapacidad o la traición del secretario general del PCUS. Sin embargo, se equivocaban por completo cuando creían ser los nuevos Brezhnev que pondrían fin a las locuras del nuevo Jrushchev. No entendían nada de nada y la inmensidad de su ceguera manifiesta que la crisis terminal del comunismo tenía también una dimensión cultural e intelectual.

Asfixia de la reflexión económica y política en la élite, ausencia de conciencia política entre las masas, sentimiento de impotencia para todos, desesperanza y depresión al descubrir la inmensidad del desastre y perder todas las referencias ideológicas, mentales y síquicas machacadas durante más de setenta años. La "fortaleza URSS" cayó sola.

Cuando Gorbachev y su grupo intentaron salvar al enfermo de muerte, descubrieron que el régimen descansaba sobre la nada, que la sociedad estaba totalmente desestructurada y vivía en estado de anomia. Ahí está la causa fundamental de su fracaso, ¿cuántos se movilizaron en agosto de 1991 para parar la intentona golpista de los últimos comunistas? Unas decenas de miles en Moscú y Piter... Nada que ver con las movilizaciones masivas, de cientos de miles, de millones, en 1905 y marzo de 1917. El régimen cayó solo, no fue derribado por un inmenso movimiento popular contra la tiranía. La revolución de agosto de 1991 fue la victoria de Boris Yeltsin, pero ocurrió al final de una larga serie de luchas palaciegas en la mejor tradición de las intrigas y de los misterios del Kremlin.

A lo largo de su historia, Rusia ha sucumbido de manera repetitiva a la tentación de acabar con todo.²⁷ Después de largas temporadas de calma opresiva, Rusia no logra la "reestructuración"; cuando se intenta la reforma, es demasiado tarde y, por tanto, cae en la revolución global.

²⁷ Aleksander Solzhenitsyn, *Le problème russe à la fin du XX^e siècle*, Paris, Fayard, 1994.

Metida en un callejón sin salida, Rusia cae en la tentación de Pedro el Grande o de Lenin: "del pasado, hagamos *tabula rasa*". En 1917 los bolcheviques tiraron "al basurero de la historia"²⁸ todo el siglo XIX ruso; hoy en día los rusos conocen la tentación de decir que entre 1917 y 1991 no pasó nada, no hay nada más que un agujero negro. ¡Ojalá y resistan la tentación de integrar los valores que engendraron a la democracia liberal, la idea de contrato social, la de soberanía popular! Tienen que aprender a ser libres y sabemos que el "síndrome del preso" es terrible. Después de un largo cautiverio, el hombre liberado conoce una breve euforia antes de sumirse en la angustia y de extrañar la seguridad carcelera.²⁹

¡Ojalá y Rusia se vuelva una nación entre las otras, semejante a las demás, cooperando con ellas! Falta mucho y se necesitará mucho tiempo.

Vivimos una gran sorpresa: la ruina de la URSS, el fin del comunismo. ¿Por qué no nos tocaría vivir otra gran sorpresa? El observador de la Rusia contemporánea se siente como Alicia, del otro lado del espejo, en el país de las maravillas *v straniè chudes*, como dicen los rusos. Sin zarismo, sin soviétismo, ¿llegará el pueblo ruso a las formas parlamentarias de la Europa occidental? ¿O será de veras tan "excepcional", que este camino le siga vetado o que no lo quiera tomar nunca jamás?

Referencias bibliográficas

- Afanasiev, Yuri, *Ma Russie fatale*, París, 1991.
Billington, James H., *Russia Transformed: Break Through to Hope*, Nueva York, The Free Press, 1992.
Beschloss, Michael Rum y Talbot Strobe, *At the Highest Level. The Inside History of the End of the Cold War*, Boston, Little Brown, 1993.
Brzezinski, Zbigniew, *The Birth and Death of the Communism in 20th Century*, Nueva York, Scribner, 1989.
Dunlop, John B., *The Rise and the Fall of the Soviet Empire*, Princeton University Press, 1993.
Ferro, Marc et al., *L'État de toutes les Russies*, París, La Découverte, 1992.
Kissinger, Henry, *Diplomacy*, Nueva York, Simon and Schuster, 1994.

²⁸ La fórmula es de Trotsky.

²⁹ Elemér Hankiss, "European Paradigms", *Daedalus*, verano de 1994, p. 116.

- Lipset, Seymour, "Anticipation of the Failure of the Communism", *Theory and Society*, vol. 23, núm. 2, abril de 1994, pp. 169-210.
- Malia, Martin (bajo el seudónimo de "Z"), "To the Stalin Mausoleum", *Daedalus*, invierno de 1990.
- , *The Soviet Tragedy*, Nueva York, The Free Press, 1994.
- Remnik, David, *Lenin's Tomb. The Last Day of the Soviet Empire*, Nueva York, Vintage, 1994.
- Todd, Emmanuel, *The Final Fall: Essay on the Descomposition of the Soviet Sphere*, Nueva York, Karz, 1979.
- Solzhenitsyn, Alexander, *Ruskii bapros K Kantsu XX vieka* (La cuestión rusa a fines del siglo XX), Moscú, Novii Mir, 1994.
- Urban, G.R., *End of Empire, The Demise of the Soviet Union*, Washington, D.C., American University, 1993.
- Yergin, Daniel y Thane Gustafson, *Russia 2010*, Nueva York, Random, 1993.